hayan conseguido, sino de los esfuerzos que hayan hecho para alcanzarlo. El Divino Maestro tuvo á Judas durante tres años en su escuela, lo formó con sus celestiales enseñanzas, y á pesar de esto, el desdichado no resultó ser más que un ladrón, escandaloso, cobarde y traidor; ¿qué tiene, pues, de extraño que algunos hijos malogren del todo los esfuerzos, los cuidados y las industrias de los pobres padres? Empero, así como en tales casos lo que más vivamente aflige es la incertidumbre de haber hecho todo lo que se debía por los hijos, ó quizá la certidumbre de no haberlo hecho, no conviene tampoco encerrarse en estériles lamentaciones ó en vanas quejas, sino pedir perdón á Dios de lo íntimo del corazón por aquello en que se haya faltado y acogerse á la inefable caridad del Padre celestial, á fin de que se digne suplir la falta con su infinita y omnipotente bondad. Fué, no cabe duda, un pecado grave el descuidar tan sagrado deber; pero una vez que la culpa está ya cometida, conviene llorarla y detestarla, y después, ofreciendo en pago las lágrimas, dolores y penas que trae consigo, animarse con la confianza de que Dios Nuestro Señor, por uno de tantos medios como tiene á la mano, os dará remedio y la reparación de aquélla y sacará hasta de las piedras, hijos de Abraham, como puede hacerlo.

Aquietado así vuestro espíritu, dedicáos á poner en práctica los medios que pueden contribuir á la conversión de vuestros hijos, á promoverla y facilitarla. Son tantos esos medios, como son las

pasiones y circunstancias de la vida en que ellos puedan encontrarse.

Medio universal es, seguramente, la santa oración, medio que debe acompañar á todos los demás y al cual debe recurrirse como extraordinario, cuando sea extraordinaria la necesidad. El Corazón Inmaculado de María ha consolado á muchas familias en nuestros días, atrayendo á ella primero, y después á su Bendito Hijo, varias almas perdidas en todo género de iniquidades. Encomendad también vuestros hijos á las preces de las asociaciones establecidas en muchos templos para la conversión de los pecadores. Las de los pobres, que tan adeptas son al Señor, han ganado á muchas otras; así que, multiplicad, según vuestros medios, las limosnas con esa intención. Muchas han aplacado á Dios con el Sacrificio inefable de nuestros Altares, y por esto, siempre que podáis, no dejéis de hacer que se ofrezcan por ellos muchas misas ó por lo menos de oirlas. El sagrado corazón de Jesús sufrió amarguísimas penas, precisamente por causa de nuestros descarríos; pedidle, pues, por su dulzura, por sus dolores y por el amor que tiene á los pecadores, que se complazca en ser glorificado con la conversión de esos hijos, más suyos que vuestros. ¡Padres y Madres! en vuestras aflicciones, nadie os comprenderá más bien que ese Divino Corazón, nadie enjugará mejor vuestras lágrimas. Un santo Obispo pronosticó á Santa Mónica, que oraba y lloraba sin descanso por su querido Agustín, que un hijo de tantas lágrimas no podía perderse. ¿Y no

tendrán el mismo poder vuestras lágrimas? ¿No es Jesús quien las mueve y no es Jesús, por lo mismo, quien debe recibirlas? ¿O por ventura nuestras plegarias no están unidas ya en la Santa Iglesia á las suyas?

A estas ardientes súplicas añadid, después los demás medios que tengais á la mano. Por disoluto que sea un joven, por perversa que sea una hija, es difícil que no tengan un lado cualquiera por donde poder acercárseles. Algunos no son insensibles del todo á una corrección amorosa, cuando tienen alguna mayor tranquilidad de espíritu ó se hallan alentados por algún próspero suceso, ó cuando están profundamente agobiados bajo el peso de alguna aflicción que les haya venido quizá, aun por causa de sus propios desórdenes. Entonces sería oportuno emplear el conocimiento íntimo que los padres tienen de sus hijos, la paciencia que hace ceder toda obstinación, el amor que vence toda dureza y ya enseñando, ya aconsejando y á veces también reprendiendo, despertar los adormecidos sentimientos de la Religión y de la honestidad. Peregrina convirtió hacia Dios á su hijo San Andrés Corsini, por medio de una reprensión de esta naturaleza, habiéndole visto llegar á aquel grado de santidad que la Iglesia venera hoy en él. Pues, en efecto, así como la prevaricación más frecuente en nuestros días proviene, ó de la disolución de la vida, ó de la perversión de las creencias, ó de ambas cosas á la vez, así hay remedios más particulares y más apropiados á los que puede recurrirse. Ciertas llagas pútridas de amorcillos é ilícitas relaciones se podrían, en algunos casos, cicatrizar con un matrimonio hecho en regla. Y si hay modo de hacerlo ¿quién dudará que á ello están obligados los padres? Llevarlo á cabo costará quizá algún sacrificio; será necesario reducir los gastos, tomar casa más estrecha, perder algo de la propia libertad; pero todos estos inconvenientes deben ceder ante la salvación eterna de un hijo ó de una hija.

Otras veces, este remedio no será posible porque el mal consistirá en que uno ya esté ligado con vínculo sagrado anterior; entonces el representarles con viveza y frecuentemente el derroche del dinero y la pérdida hasta del honor humano, que á esos vicios acompañan, la desolación de una familia, las injusticias que con esa conducta se cometen, sobre todo la ira divina, que no puede menos de descargar tarde ó temprano sobre tan indigna profanación de ese Sacramento, el representar todo esto con vivo acento, puede ser de mucha utilidad. Hasta un viaje hecho á tiempo, ó una permanencia más prolongada en el campo, han bastado para romper esos lazos infernales. Os podría yo aconsejar también para ciertos casos el que acudiérais á la autoridad que tiene un deber tan estrecho de defender, con la fuerza que Dios la ha dado, los derechos de la virtud y de impedir los escándalos que se manifiestan al exterior, resguardando la flor de la pureza y de la Religión; mas como quiera que, por culpa de los tiempos en que vivimos y por envidia de los demonios, es tan escasa la ayuda que por este lado se obtiene, toca á vosotros examinar, en cada caso, si ese medio podrá ser eficaz para vuestro objeto.

Contra el terrible azote de la incredu-

lidad, hay también muchas industrias de que valerse. Con algunos, prueban los libros y éstos, gracias á Dios, no faltan, sólidos, profundos y capaces de desengañar á todo el que esté en el error y de ilustrar al que viva en la ignorancia. Las hermosas obras de Segneri (el incrédulo sin excusa), de Augusto Nicolás, de Delauro-Duvez, de La-Lucerne, de Gerdil, de Tassoni, de Martinet, de Wiseman, de Newman y otros, han vuelto hacia Dios á más de una alma. Convendría, por lo mismo, tener á la mano varias de esas obras, á fin de que sirviesen de una invitación tácita y de una pronta ocasión de lectura. Un curso de conferencias sobre Religion, puede también, con el atractivo de la elocuencia, hacer en ellos una impresión saludable. Así ha sido cómo en nuestros días, han vuelto al Señor muchos descreídos, por las predicaciones de Lacordaire, de Ravignan, de Coeur, de Felix, de Combalot y otros. Si alguna ocasión de estas se presentase, convendría y deberíais aprovecharla. Con otros, probará el discurso y la persuasión de persona que con ellos simpatice; con otros el ejemplo de quien, después de grandes extravíos, ha vuelto al buen sendero y más que todo, la conducta constantemente ejemplar de los padres: sus cuidados y amorosas bondades, serán una batería de increíble potencia sobre esos corazones. En un solo caso debería prescindirse de la dulzura y es cuando, por desgracia, un hijo mayor, caído en la maldad, se pusiese á disparatar en materia de religión, á corromper las costumbres de sus hermanitos y hermanas menores. En tal caso, después de intentados todos los medios para corregir

tan grave mal, habrá que llegar hasta el extremo de arrojarlo resueltamente del hogar. "Pero insultará, blasfemará como un demonio," me diréis. Dejadlo insultar, dejadlo enfurecerse en esa nueva situación, que ya el brazo de Dios sabrá reducirlo al orden. Y no os detenga el temor de que abandonado á sí mismo, caerá hasta el fondo del precipicio, pues cualquiera que sea el término á que pueda llegar, será siempre un mal menor que el que traería la perversión de toda una familia.

La caridad bien ordenada exige que entre dos males se escoja el menor y por esto para no exponerse á perder todo el cuerpo se debe cortar el miembro podrido. Hasta la Iglesia, que es madre mucho más tierna que los padres según la carne, llega á arrancar de su cuerpo á los obstinados que no puede corregir de otro modo: así, pues, nadie puede tener dificultad en imitarla; y aquí viene bien una advertencia á ciertas madres que, por no hacer blasfemar, como ellas dicen, á esa raza malvada de hijos, se dan completamente por vencidas y los dejan hacer cuanto quieren. Ahora bien; sepan que no es buen criterio ceder porque blasfemen, pues antes al contrario, eso, sería ponerles en la mano una arma poderosa que esgrimirían siempre que lo desearan y mantenerlos en su indigna conducta. Hagan, pues, todo lo contrario y luego que oigan pronunciar el nombre de Dios, pónganse serias y ya no concedan nada, ni aun aquello que sería lícito concederles, y si caen por esto en más graves excesos, no se inquieten por eso y verán, con tal de que no cedan jamás, que el mal hijo, cuando quiera que

en algo se le complazca, se quitará un hábito tan sacrílego. No deben, sin embargo, los padres contentarse con tan poco, sino que han de emplear medios más severos, reprensiones más fuertes, hasta llegar á amenazarlos con arrojarlos de la casa, cumpliendo resueltamente la amenaza cuando sea necesario. Cierto es que, por lo común, con tales hijos prueba mejor la dulzura; pero hay también casos en que es indispensable un justo rigor. Finalmente, todos los arbitrios que os he sugerido hasta aquí, deben ser coronados con una constancia invencible. En este punto fué admirable la gran madre de San Agustín, pues ella oraba sin cesar, lloraba, no omitía ni consejos ni correcciones y á pesar de esto, el hijo, lejos de rendirse, se hundía en nuevos vicios. Después de cada amonestación, él se enredaba en nuevos lazos; después de cada consejo, él llegaba hasta perder la fe; y después de sus esfuerzos, él huía para para quitársela de su presencia. Mas no importa, sin desconfiar jamás esa alma generosa de la bondad del Señor, no dejando de hacer nunca lo que estaba en su mano, tuvo en la tierra, antes de morir, el consuelo dulcísimo de verlo convertido en un santísimo pariente y, desde el cielo, de contemplarlo como uno de los más grandes astros de santidad que han alumbrado á la Iglesia. Ahora bien; ¿por qué no podríais esperar lo mismo también vosotros? Acaso se ha encogido la mano del Señor? Lo que El ha obrado en otros tiempos, puede hacerlo también en los nuestros, á fin de que no disminuya en nosotros la confianza, y por último, no puede dejar de cumplirse la bendición

que Dios promete á los padres que lo temen (1) "Bienaventurados todos los que temen al Señor y caminan por sus sendas, porque tú comerás del trabajo de tus manos y eso te aprovechará. Tu esposa será como una vid fecunda en el interior de tu casa: tus hijos, como renuevos de olivo en derredor de tu mesa y he aquí que será bendecido el hombre que teme al Señor."

VI

Hénos aquí llegados al término de estos brevísimos consejos que, para el buen gobierno de la familia, nos pareció conveniente daros. No faltará, quizá, alguno á quien parecerán las ideas aquí vertidas un método de educación mucho más anticuado de lo que permiten las luces del siglo. ¿Qué queréis que os diga? Pues será sencillamente que, como quiera que yo no he venido á tratar de la educación física, literaria ó científica, en las que puede haber alguna novedad, sino sólo de la educación moral, ésta no he podido sacarla sino de los Santos Evangelios, los cuales, como todo el mundo sabe, son cosa de tiempos pasados. El Evangelio de Jesucristo no se muda cuando se mudan los siglos, ni se cambia con las vicisitudes de los gobiernos. Tal como fué el día que salió de los labios del Verbo Encarnado, así será el día en que El vendrá á juzgar á las naciones. Bien sé que en nuestros días hay quien crea poderse pasar sin él, quien crea fácil substi-

(1) Salmo 123.

tuirlo con algo mejor; pero también sé, que si ha de juzgarse del árbol por sus frutos, no puede menos que condenarse una impiedad tan extravagante. Los nuevos métodos de educación moral, sólo han conseguido, hasta ahora, multiplicar los males. Basta observar por un momento aquellos países en donde la herejía ha secado los límpios manantiales de la verdadera piedad, ó en que el filosofismo ha introducido una moral, basada toda en la sola probidad natural, para adquirir la evidencia de lo que afirmamos. En ellos se hace gala, únicamente, del brillo exterior que da la urbanidad y el donaire, que fascinan á tantas gentes, sin embargo de que aun esto no se ve sino en algunas cuantas familias más distinguidas; pero las virtudes divinas que Cristo Nuestro Señor trajo á la tierra, han caído en completo olvido para dar lugar á todo género de vicios y de impiedad.

Con esos métodos se ha desterrado de los hogares el espíritu de familia, que tan suavemente los unía; se ha acabado en los hijos el respeto á sus mayores, sustituyéndolo con un amor en extremo desenfrenado de impudente libertad. La Religión, adulterada y trastornada con esos nuevos sistemas, llega á ser, ó muy poca cosa ó nada; y en tal estado, no tiene eficacia para contrarestar las pasiones desencadenadas, las cuales, engrosándose, como impetuoso torrente, arrastrarán consigo hasta el abismo, la fe, la piedad, la religión, la virtud, el buen orden y la felicidad. Si todo esto no lo viésemos con nuestros propios ojos, podríamos negarlo; pero al extremo á que las cosas

han llegado, no creo que sea ni siquiera posible la duda.

Permitidme, pues, para concluir, que, por el amor que tenéis á vuestros queridos hijos; por el deseo que abrigáis de no haber llegado á ser padres para poblar de réprobos del infierno; por el afán que sentís de vivir perpetuamente con ellos en la mansión de la bienaventuranza, y sobre todo, por vuestro amor al divino Redentor, cuya sangre puede ser, ó eternamente glorificada por vuestros hijos, ó eternamente pisoteada, permitid, repito, que os suplique: que no economicéis fatiga alguna, que no os déis punto de reposo, á fin de que sean educados según las máximas y preceptos del Santo Evangelio. Con ello obtendréis frutos de bendición, aun en esta vida: pues no puede haber cosa más dulce que una prole formada en la sabiduría y en la moral. In vita sua vidit et loetatus est (1) dice el Espíritu Santo: tendréis un gran consuelo á la hora de la muerte, porque su vida presente os garantizará la futura. "In obitu suo non est contristatus," (2) y estrechándolos contra vuestro corazón y gozando después con ellos por toda la eternidad, dareis infinitas gracias á Dios por haberos hecho padres de unos hijos de bendición y glorificadores sempiternos de su Nombre Santísimo.

---

(1) Ecclesiastes XXX.—5.
(2) Id.